
Cuento

Camuflaje

LISSETE E. LANUZA SÁENZ

La pintura blanca, pastosa y fría, es lo primero. Siempre es más fácil dibujar una sonrisa, crear surcos en la piel de tal manera que, hasta cuando la pintura desaparece, el fantasma de esa sonrisa blanca parece quedar sobre la superficie cada vez más marchita y arrugada.

Siguen los ojos, grandes y blancos también, las cejas remarcadas, las infinitas soledades que encierra una mirada disimuladas por tanto color. Los labios rojos, de un carmín que ya ninguna muchacha usa porque ha pasado de moda. La nariz da el toque final, esa pelota redonda y brillante que le causa problemas para respirar, y una crisis de alergia que lo obliga a abandonar las fiestas apenas su rol en ellas ha concluido.

Koko, el payaso, no recibe dulce y helado como premio al final de su faena. Lo prefiere así.

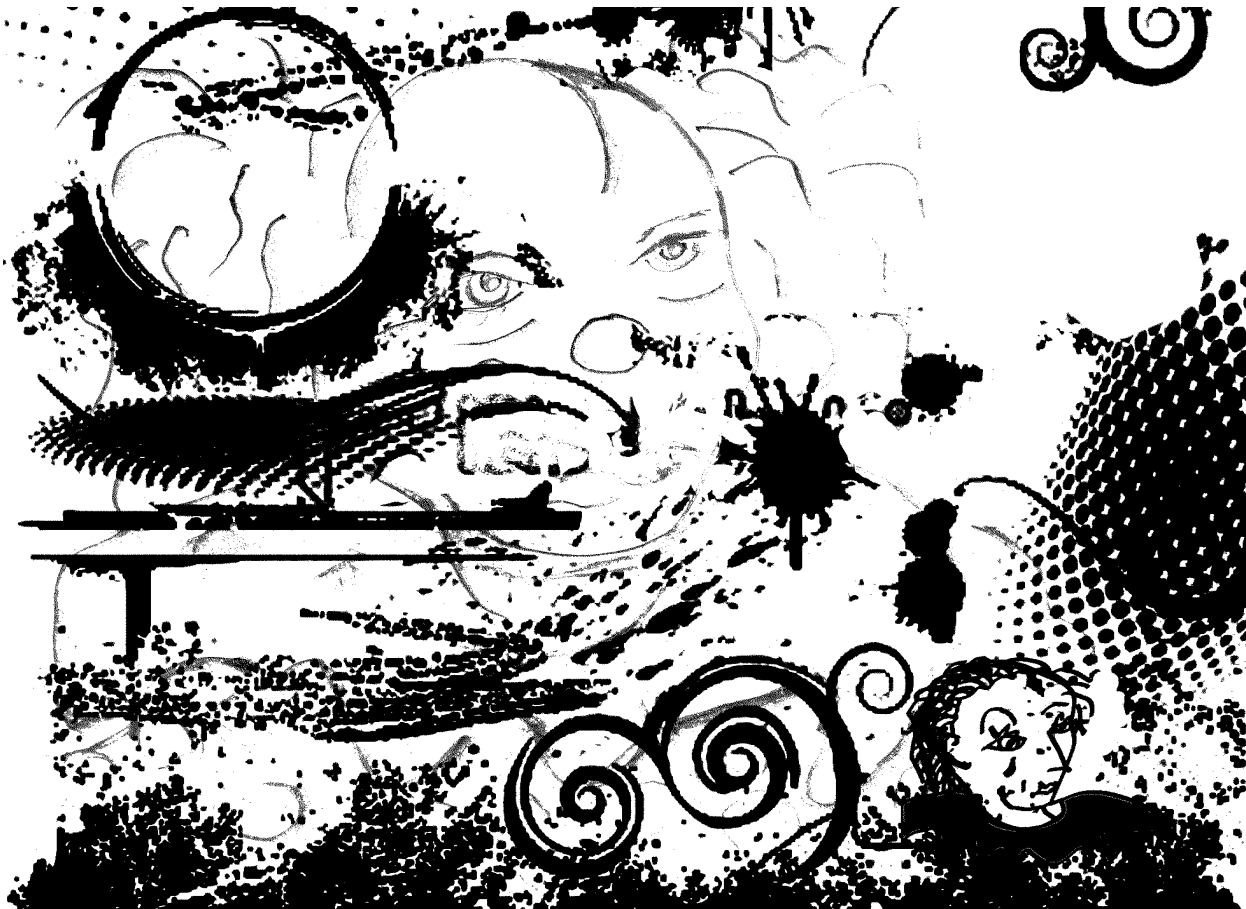
Una vez maquillado, sigue el vestuario, un torbellino de colores chillones dispuestos en la peor combinación posible. Mientras más fuertes los colores más fácil le es alejar su mente de cuatro mugrientas paredes y lo que éstas significan. Por eso nunca se olvida de la peluca, una de esas que dan risa, anaranjada y con un afro impresionante. A los niños les

encanta. Mientras más extravagante, mejor.

La fiesta es temprano, como todas las fiestas de niños. Es él la máxima atracción. El corazón le late más rápido mientras su sonrisa falsa camina por la habitación, sus ojos saltos se posan sobre los niños que corren, ríen y señalan al payaso. Lo señalan a él. Es él la razón de sus risas, sus juegos el motivo de sus gritos.

Todo sale bien. Respira profundamente mientras se deshace de la fastidiosa nariz y, dinero en mano, se despide de la fiesta tan rápido como puede. En algún lado hay una botella esperándole, y sus ojos evitan cuidadosamente las manecitas que se aferran a los columpios. La promesa de una noche sin recuerdos le ayuda a bloquear las carcajadas que resuenan en sus oídos.

Despacio, como si a cada paso lo acompañara una presencia que preferiría olvidar, se desliza hacia su departamento, donde la botella lo aguarda, victoriosa, en el lugar de honor de la casa, sobre un mantel blanco. No es una lucha ya. En algún momento, cuando todavía escuchaba a su conciencia, podía tomarle hasta la mañana siguiente olvidar el dolor. Ahora ya no escucha, y ha cambiado la botella de vino por algo más fuerte.



El primer trago le quema la garganta y comienza a adormecer sus sentidos. El sofá lo espera, en la esquina habitual, frente a la ventana. Los vecinos, si lo ven, estarán muy lejos para notar las lágrimas que caen, blancas, sobre su estrafalario traje, y las manos que recuerdan sostener un pequeño torso, rodear un pequeño cuello, apretar fuertemente, casi como si fuera un juego, para luego soltarlo en una mezcla de horror y fascinación al ver que el cuerpecito se convulsiona y luego cae, cae, cae y no se mueve más.

Suspira, mientras el líquido caliente continúa quemando su garganta. No mira el atardecer. No es ningún consuelo. Por la ventana abierta, se puede observar su sonrisa enorme, que es sin lugar a dudas el mejor camuflaje del mundo.

Es abogada. Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la UTP.

